



El chico de los porqués

James era “el chico de los porqués”. Cada vez que le pedían que hiciera algo en el campamento de verano, preguntaba por qué. “¿Por qué tengo que hacer eso? –decía–. ¿Por qué tengo que hacer aquello?”

James era huérfano. Su padre y su madre habían muerto y él vivía con unos parientes en una pequeña aldea indígena de Alaska. Aquellos parientes lo enviaron a un campamento de verano, así que James se subió a un avión y voló hasta la ciudad de Dillingham. Alaska no tiene muchas carreteras, por lo que la gente a menudo tiene que volar en avión para desplazarse de un lugar a otro.

Tras llegar a Dillingham, James viajó en autobús durante unos treinta minutos hasta un lago. Luego subió a una lancha y viajó otros quince minutos hasta el Campamento Polaris, un campamento de verano adventista del séptimo día para niños nativos de Alaska como él.

A James le encantó enseguida el campamento, especialmente los deportes acuáticos en el lago. Sonreía de oreja a oreja cada vez que se subía a una balsa inflable de color naranja y azul para que lo arrastraran detrás de una lancha y dar así un rápido paseo por el lago. Intentaba no caerse al agua, pues, aunque era verano, el agua estaba helada.

Pero, durante el servicio de adoración vespertino, la sonrisa de James se transformó en un ceño fruncido. Cuando llegó la hora de orar, todos los niños se pusieron en pie. Los siete niños que dormían en la misma cabaña de James se pusieron en pie. Adiv, su monitor, se puso en pie. Pero James permaneció sentado.

Adiv le susurró a James: “Tienes que levantarte”. Una de las normas del campamento era que todos debían estar de pie durante la oración para mostrar respeto a Dios.

James se levantó en silencio, pero fruncía el ceño.

Al día siguiente, James permaneció sentado durante la oración del servicio matutino. Permaneció sentado durante la oración del servicio vespertino. Luego se volvió hacia el niño que tenía al lado y empezó a hablar durante la oración. Adiv hablaba con él cada vez, pero él se negaba a escuchar.

Al tercer día, cuando James permaneció sentado, Adiv lo invitó a salir de la cabaña para hablar a solas. Ya afuera, Adiv le recordó las normas del campamento:

–Si esto es lo que quieres hacer, habrá consecuencias. Por respeto a Dios, tienes que levantarte cuando oremos y no hablar. ¿Por qué no te pones de pie?

–¿Por qué tengo que levantarme? ¿Por qué no puedo hablar? –respondió James–. Nunca he visto a Dios. Ni siquiera sé si Dios existe.

Adiv vio la oportunidad de hablarle de Dios. Le habló del viento que soplabla a menudo en el campamento.

–Aunque no vemos el viento, sabemos que existe, porque podemos sentirlo en la piel y oír el susurro de las hojas de los árboles –dijo–. Del mismo modo, no podemos ver a Dios, pero podemos sentir su presencia a nuestro alrededor.

Le habló de las estrellas en la noche.

–Cuando hay nubes en el cielo nocturno, no se pueden ver las estrellas, pero sabemos que están ahí –le dijo–. Del mismo modo,

Cápsula informativa

- Alaska pertenece a la Asociación del Pacífico Norte de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, que cuenta con 448 iglesias, 61 congregaciones y 102.187 miembros de iglesia. El área tiene una población de unos 15.767.000 habitantes, lo que representa un adventista por cada 158 personas.
- La iglesia de Barrow, en Alaska, es la más septentrional de todas las iglesias adventistas del mundo.
- Jasper N. Sylvester, abuelo de Harold M. Sylvester Richards (fundador de *La voz de la esperanza*), era herrero en Skagway, Alaska, y uno de los primeros adventistas del territorio.

no podemos ver a Dios, pero podemos sentir su presencia a nuestro alrededor.

A James se le llenaron los ojos de lágrimas.

–¿Cómo puedo estar seguro de eso? – preguntó–. Si Dios existe, ¿por qué ocurren cosas malas? ¿Dónde estaba Dios cuando murió mi mamá? ¿Dónde estaba Dios cuando murió mi papá?

Adiv le dijo que la muerte no forma parte del plan de Dios, pero los primeros humanos pecaron contra él y el resultado fue el dolor y la muerte. Por eso Dios envió a su Hijo para que muriera por los pecados de todos. Los que creen en Jesús vivirán con él para siempre en un mundo sin dolor ni muerte.

–Aunque no puedas verlo, Dios sigue ahí –le dijo Adiv.

–¿De verdad está Dios ahí arriba? – reflexionó James.

Después de aquello, James permaneció en silencio durante las oraciones. Nunca expresaba lo que pensaba, pero Adiv esperaba que estuviera pensando en Dios.

El Campamento Polaris, situado en un lago cerca de Dillingham, en Alaska, es el único campamento de verano adventista dedicado específicamente a niños nativos de Alaska. Parte de su ofrenda del decimotercer sábado de 2016 ayudó a renovar el campamento dotándolo de nuevas cabañas y baños. Gracias por compartir el amor de Jesús mediante la ofrenda del decimotercer sábado de este trimestre, que irá a Bethel, Alaska.

Esta historia misionera ilustra los siguientes componentes del plan estratégico “Yo iré” de la Iglesia Adventista mundial:

- *Objetivo de crecimiento espiritual n° 5:* “Discipular a personas y a familias para que lleven vidas llenas del Espíritu”.
- *Objetivo de crecimiento espiritual n° 6:* “Aumentar la adhesión, conservación, recuperación y participación de niños, jóvenes y adultos jóvenes”.

- *Objetivo de crecimiento espiritual n° 7:* “Ayudar a los jóvenes y a los adultos jóvenes a poner a Dios en primer lugar y a poner en práctica una cosmovisión bíblica”.

Obtenga más información sobre este plan estratégico en: iwillgo2020.org [en inglés] o iwillgo2020.org/es/ [en español].